

REFLEXIONES IMPACIENTES SOBRE BIOÉTICA**"¡Eso no debería pasar!"**

(Un tipo hablando por celular en la calle)

Salgo de la videoconferencia antes que termine. No soporto más. Quiero escribir.

Llegué a la sala de video conferencias del Ministerio de Salud a tiempo de escuchar breves comunicaciones sobre la necesidad de una Comisión Nacional de Bioética, los distintos modelos de deliberación, especialmente el de Diego Gracia. No me aguanté, porque, después de esas charlas teóricas se planteó discutir un caso (no sé si real, pero creíble) de una señora a la que el médico le había indicado cierto estudio, sin darle mayores explicaciones pues tenía que atender a otros y estaba atrasado. La paciente va a "atención al público" para agendar el estudio. Una funcionaria le explica el trámite: abonar en caja, esperar que la llamen para fijar fecha y hora, realizar día anterior acciones previas que le da impresas. Y firmar ahora unos papeles que llaman "consentimiento informado", condición para realizar el estudio. La paciente le pide que le aclare en qué consiste el estudio, qué debe firmar y por qué. La administrativa le dice que eso no es de su responsabilidad. Una enfermera escucha y se mete a dar explicaciones a la paciente. Posteriormente, la enfermera es observada por hacer algo que no entra en sus funciones.

No aguanto. Me voy. Decido no sentirme culpable y escribir mi impaciencia.

Al salir del Ministerio paso frente a un señor recostado contra una pared que dice en voz alta y gesticulando, entre indignado y dolido, como si el del otro lado del celular lo viera: "¡Eso no debería pasar!"

Continúo mi marcha pensando en cosas que no deberían pasar. Pero pasan.

Los pacientes. Todos. Cada uno a su turno. Cualquier sala de espera en cualquier lado. Uno lee las memorias en que sobrevivientes de los campos de concentración hablan de los que llamaban "musulmanes" (sin serlo) porque deambulaban cabizbajos como en oración, como sombras o fantasmas. Sólo querían conservar la vida. Quizás por eso -es la

tesis de Frankl- habían renunciado a cualquier sentido y eran como muertos vivos.

En las salas de espera (en las de inútiles colas desde la madrugada hasta después del mediodía, cuando se sabe que empieza a trabajar el médico; en las emergencias, que parecen aviones inmóviles llenos de pasajeros sin destino; en las sacudidas por la llegada permanente de niños en estado desesperante, que otros miran llegar con tristeza, porque saben que ahora tendrán que seguir esperando; la indignación en otras por el "colado" que prolongará mi tortura porque lo hicieron pasar antes a ver si le pueden sacar el hueso de pollo que le impide respirar; y otros, muriendo en la orilla...) todos somos "musulmanes" o zombis. De ojos muertos, lecturas insensatas, celulares inútiles; sin palabras, dejando correr las horas aunque sea provisoriamente, aunque sea hasta que nos dejen salir de nuevo "a ver el sol y otras estrellas". O, al menos, hasta que uno reconozca al que entra: "¡Estuvimos juntos cuando nos operamos! ¿Se acuerda de mí?"



-Sí ¿cómo está? - Muy bien, como nuevo. ¿Y Usted? - Lo mismo, sólo vengo a un control." Entonces, esos, están vivos. Y sostienen la espera en su excepción, ante la mirada muerta de madres que esperan la fecha de operación de sus hijos. Y niños duermen o juegan. A veces ni se aburren porque suele haber chiches.

-¡Qué lindo el nene, cómo duerme!", nos comentó una vez en la sala de espera una funcionaria. - "¡No te das cuenta que está en coma, imbécil! ¡Qué esperarás para llamar al médico!". Y los médicos jóvenes, después de sacudirlo e inyectarle inútilmente cafeína: "Mire, el pediatra tardará un rato en venir... pero

¿tienen auto? ¿por qué mejor no lo llevan al Hospital de Niños de...? Ahí saben... porque lo que es el pediatra de acá..."

Íbamos todos los días. Tus hijos iban. Y ahí esperábamos juntos, con parientes de otros internados, como si fuera un oráculo, a que llegara el informe médico. Salía el médico. Nosotros sabíamos que no había entrado mucho rato antes; pero habría leído lo que habían escrito otros. - "Tiene un deterioro neurológico". No sé qué quiere decir. Pero qué mal suena. En mi casa, corría a la computadora a consultar en internet. Y -" Y él no colabora". ¿Cómo ibas a colaborar? La culpa es siempre de la víctima. O: - "No se preocupe. Va a despertar. Algunos pacientes tardan más de un día. Está estable. Ya despertará..." Y así al día siguiente, y al otro, y al otro, y al otro. No. No me quedaba tranquila. Y no creo que sea modo de tratar bien a la gente. ¿Por qué les es tan difícil?



Súmense algunos miles de millones de experiencias, casos y comentarios de este tipo, pero diferentes, y se tendrá tema de conversación para quejarse de algo más interesante que el estado del tiempo. Multiplíquese por la población, siempre enferma, del mundo.

Mauricio Langon: Profesor de Filosofía egresado del IPA (Uruguay), con estudios de Buenos Aires y Madrid. Profesor en Educación Secundaria y en Universidades y Profesorados de Argentina y Uruguay, a nivel de grado y posgrado. Inspector de Filosofía (Uruguay) y Presidente de AFU. *Premio Morosoli* en Filosofía. Trabajó áreas de pensamiento indígena e iberoamericano, filosofía de la educación, didáctica filosófica y bioética.

Recibido 5/4/2018. Aprobado 14/5/2018. V.B.: 9/6/2018.-



Calcúlese la relación entre esto y los esfuerzos de todas las Comisiones de Bioética y similares del Mundo, por organizar sistemas y normativas que funcionen con la finalidad de mejorar estas situaciones.

Prospéctese a corto, mediano y largo plazo qué "no debería pasar"

Planifíquese: ¿qué debería hacerse para que estas cosas no sigan pasando, para que no vuelvan a pasar más?

Piénsese lo impersonal de la pregunta anterior en términos personales y, por tanto, éticos y políticos: ¿Quiénes son o deberían ser los que den respuestas a estas preguntas? ¿El Estado, los legisladores, el Ministerio, la Justicia, la Industria Farmacéutica, los Laboratorios, los Hospitales, las Sociedades Médicas, los Sindicatos, las Organizaciones de Usuarios, los Partidos Políticos, la OMS, la OMC, todos, ninguno? ¿los bioeticistas, los filósofos, los médicos, los técnicos, los enfermeros, los administrativos, los pacientes, todos, ninguno?

Piénsese también, una vez más, de vuelta y de nuevo, todas las variantes del *progreso*. Todas las variantes de la *deshumanización*. Es que lo humano parece deshumanizarse cuando se invisibiliza a los humanos concretos; cuando se ven números, en vez de nombres, en vez de hombres y mujeres de carne y hueso.

Pero *lo humano* sigue; existe, resiste e insiste en cada uno. Pese a.